



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, nº 5, 12 de noviembre de 2009



EVANGELIO DE LA SEMANA

Marcos 13, 24-32

Dijo Jesús a sus discípulos:

Pasada la **tribulación** de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará resplandor; las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestes se tambalearán.

Entonces verán **venir al Hijo del hombre** entre nubes con gran poder y gloria. Él enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a **sus elegidos**, desde el extremo de la tierra al extremo del cielo.

Aprended de la higuera esta parábola: Cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, sabéis que se acerca el verano. Pues lo mismo vosotros, cuando **veáis** que suceden estas cosas, **sabed** que ya **está cerca**, a las puertas.

Os aseguro que no pasará esta generación sin que todo esto suceda. **El cielo y la tierra** pasarán, pero **mis palabras** no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: Las tres Haches del buen médico.

CONFIRMANDO LA FE: La alegría de ser cristiano.

TESTIMONIO

LAS TRES "HACHES" DEL BUEN MÉDICO

Dr. Francisco Javier Parra Jiménez. Madrid

La ciencia es una gran ayuda para todo pero sólo se llega a comprender aquello que se ama. La dedicación total a los demás es la máxima expresión del amor.

Mi relación con la medicina se remonta a los primeros años de mi vida. Mi vocación médica se pierde en la infancia. Para mí, la cosa era fácil ya que sólo tenía que imitar a mi padre, un profesional de la medicina de cuerpo entero.

Mi padre decía que para ser un buen médico hacían falta tres **"haches": humor, humanidad y humildad**. Al principio yo creía que lo que verdaderamente hacía falta para ser un buen médico eran conocimientos. Con el tiempo he descubierto que mi padre llevaba razón y que el diagnóstico de las tres **"haches"** era acertado.

El **humor** es parte fundamental de la terapia de la vida. Intento reír y disfrutar con los pacientes y con mis compañeros. Es importante trabajar con alegría y entrega, infundir tranquilidad y crear un clima de alegría saludable. El humor ayuda a romper la tensión en las situaciones difíciles.

Humanidad como algo consustancial al profesional de la salud ¡Cuántas veces oigo que con el tiempo se hace uno más insensible y menos receptivo al sufrimiento de los demás! Yo trato de individualizar el sufrimiento de las personas porque no hay enfermedades, en abstracto, sino enfermos, en concreto. Es la persona quien pone su confianza en mí y es a ella a quien yo tengo que atender.

Humildad como principio de la sabiduría humana. No soy ni más ni menos que los demás. Estoy para servir, estudio para ser un buen profesional, para explotar al máximo mis posibilidades. Es mi obligación asistir cada día mejor, a los que ponen su vida y sus sufrimientos en mis manos, no para vanagloriarme de ello sino para mejorar, en lo posible, el uso de los recursos que disponemos. Cuando fracaso en mi propósito,



procuro no sentirme ni contrariado ni ofuscado, y cuando tengo éxito, intento no ser altanero ni que me aleje de Dios.

Me ayuda en mi trabajo, no olvidar lo que he sido y lo que soy que quizá, algún día, yo mismo me veré en la situación del paciente que estoy atendiendo.

El ser cristiano dentro de la profesión médica implica una serie de deberes con uno mismo y con los demás. El pobre, el enfermo, el desvalido... actualizan a Jesucristo. En su piel está Él. Esto es una gran responsabilidad. Pero al fin y al cabo de la vida, todas las vidas, la nuestro incluida, son un don de Dios y Él quiere que no las maltratemos ni malgastemos

CONFIRMANDO LA FE LA ALEGRÍA DE SER CRISTIANO

La fe cristiana es un bien inmenso y como bien sentimos el impulso de intentar que los demás participen de él. Este es el sentido de la Misión.

El descubrimiento del Evangelio, no significa la adopción de una moral pesada, sino el encuentro con un Ser que viene a colmar nuestra sed de ser amados.



Si he recibido la “gracia” de creer en el Evangelio, puedo:

1.- Recibir mi vida como don de Dios, puedo recibir la salud, el afecto de mis padres, la juventud de mis hijos, la belleza de un paisaje como un regalo de Dios.

2.- Estar seguro de recibir una ternura sin límites. Nos tomamos en serio la declaración de amor que Él me dirige en la Biblia: “Tú eres precioso a mis ojos y yo te amo” (Is 43, 4). El cristiano sabe que Dios ama infinitamente a cada uno de sus hijos

3.- Conocer la alegría de ser perdonado. Aunque pobre pecador, puedo contar, en cuanto lo acepto, con el perdón divino. Al ver la mirada

plena de misericordia que Jesús posó sobre él, después de su triple negación, fue cuando Pedro comprendió, por fin, el amor con que era amado (Lc 22, 61). Mirando el crucifijo es como, desde hace siglos, millares de cristianos caen en la cuenta de la verdad del grito que lanzaba san Pablo hacia el final de su vida: “Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2, 20).

4.- Saber que Dios habita en mí. Hay una frase del Evangelio que alegra desde hace siglos el corazón de los cristiano: “Si alguno me ama, dije Jesús, guardará mi palabra: mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23).

5.- En mis pruebas. Estamos absolutamente seguros de la resurrección de los muertos y de la vida eterna, porque creemos –en virtud del testimonio de los apóstoles– en la resurrección de Cristo. Los apóstoles han visto a Jesús vivo después de su resurrección de entre los muertos.

La fe no nos hace escapar, como pudiera hacerlo el opio, del sufrimiento físico o moral. El cristiano no olvida que Jesús mismo conoció la angustia y la tristeza en Getsemaní. Tenemos una estrella que ilumina nuestras tinieblas: la Cruz del Calvario. Dios en persona ha sufrido en Jesús. Ya no puedo servirme de la existencia del mal para pretender que Dios no nos ama: Dios se ha servido del mismo sufrimiento –el que los hombres le han infligido– para probarnos su amor. En el mismo momento en que nosotros nos burlamos de él, en que nosotros le torturamos, él continúa mirándonos con una infinita ternura, susurrándonos al mismo tiempo: “NADA, hijo mío, podrá impedirme que te ame: ni tus burlas, ni tus insultos, ni tus látigos, ni tus clavos, ni tu indiferencia, ni tus negaciones.”

Cristo resucitado nos invita a proseguir su obra de salvación uniendo nuestros sufrimientos a su sacrificio. Lo que salva al mundo es la fe que conservamos en el amor del Padre, mientras somos presa del sufrimiento físico o moral: esta fe a toda prueba conmueve en cierto modo el corazón del Padre y merece a sus ojos la salvación de nuestros hermanos.